

LA GRACIA DE DIOS

Orville Swindoll

Escuché hace años una definición sencilla de la gracia y la misericordia, que reza así: «La gracia de Dios quiere decir que Dios nos da lo que no merecemos, y la misericordia de Dios quiere decir que Dios no nos da lo que merecemos».

Los seguidores de Jesucristo reconocemos con profunda gratitud que hemos llegado a conocer la gracia de Dios por medio de Cristo Jesús, nuestro Señor y Salvador. Esa maravillosa realidad nos ha cambiado la vida. Ya no pensamos en Dios como un ser distante y amenazante, sino como el que amó al mundo de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo para morir por nuestros pecados y redimirnos de una vida rebelde y desviada, desperdiciada y sin sentido. Esto, mis hermanos, es la revelación de la gracia de Dios.

Casi todos los textos de orientación teológica nos informan que la definición más sencilla de la gracia es «el favor inmerecido de Dios, revelado a los seres humanos en Cristo Jesús». Pero los mismos textos nos dicen que la gracia de Dios se revela, en un sentido mayor, de dos maneras: una es la **gracia común** y la otra es la **gracia especial**. La gracia común se designa así porque se manifiesta a todos, simplemente, por haber sido creados por Dios. Dios ama su creación y la cuida. En cambio, la gracia especial se llama así porque es la que llegamos a conocer por la obra de Cristo en su muerte y resurrección a nuestro favor. Vamos a mirar más de cerca a cada una de estas manifestaciones de la gracia de Dios.

LA GRACIA COMÚN

La gracia común se conoce también como la **providencia divina**, y se refiere al cuidado y la atención que el Dios creador proporciona a toda su creación. Por ejemplo, en Hebreos 1:3, la Biblia nos informa que Cristo, el Hijo de Dios, es «*el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa*». En Mateo 5:45, Jesús declaró que Dios «*hace que salga el sol sobre malos y buenos, y que llueva sobre justos e injustos*». Si no fuera por esta providencia divina —esta gracia común— no podríamos vivir.

Además, aparte de su provisión a todos los seres y su sostén de todas las cosas, Dios también restringe su creación para que no se destruya. Esto también es

por la providencia de su gracia común. Sin esta gracia, la sociedad se volvería insoportable e ingobernable. En cambio, por su gracia, podemos vivir relativamente bien, en una sociedad ordenada y en paz, aunque no siempre los que gobiernan reconocen estos beneficios como de la mano de Dios.

Hay una tercera manera en que la gracia común significa un beneficio muy grande para nosotros. Me refiero a lo que llamamos la conciencia humana, el sentido de responsabilidad que los seres humanos tenemos los unos con los otros y también hacia Dios. Es una provisión de la gracia común. Pues si no tuviéramos una conciencia que nos dicta desde adentro lo que es bueno y malo, lo que es aceptable y lo que no, viviríamos como las brutas bestias que no pueden anticipar el futuro ni la consecuencia de un acto dañino hacia otro.

La experiencia de estos beneficios no dependen de la fe ni del reconocimiento de Dios como creador, aunque sin él nada de esto existiría. La providencia divina, la restricción de la maldad en la sociedad y la conciencia del hombre son consecuencias de la gracia común de Dios para con nosotros.

GRACIA ESPECIAL

La gracia especial, en cambio, solo conocen los que han visto en Cristo Jesús el inmenso favor de Dios que se dispuso a redimirnos, santificarnos y glorificarnos. Por ejemplo, Pablo proclama esta gracia divina en 2 Corintios 5:17–18:

Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo! Todo esto proviene de Dios, quien por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo y nos dio el ministerio de la reconciliación.

Consideremos otro texto en el cual Pablo ensalza esta gracia de Dios, 1 Corintios 15:10:

Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que él me concedió no fue infructuosa. Al contrario, he trabajado con más tesón que todos ellos, aunque no yo sino la gracia de Dios que está conmigo.

Lo que destaca el apóstol en este texto es que ninguno de los beneficios que conoce por haber sido salvo por Cristo se debe a esfuerzo humano alguno. Ha sido el resultado de la gracia de Dios, pura y simple.

La gracia de Dios es, a la vez, maravillosa, grandísima y misteriosa. Nunca

llegaremos a profundizar su gran misterio en el corazón de Dios. Nunca entenderemos cómo es que Dios nos pudo haber amado tanto en nuestra condición rebelde y pecaminosa como para dar en rescate por nosotros a su propio hijo, Jesucristo. Pero, igual, sabemos que es cierto.

Nos toca expresar con alegría y gratitud lo mismo que el apóstol Pablo en Romanos 11:33 y 36:

*¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría
y del conocimiento de Dios!*

*¡Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos! ...
Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él.*

¡A él sea la gloria por siempre!

Amén.